

BOLETIN DE CULTURA

BIBLIOTECA CIRCULANTE
DE LA SECRETARIA

COMISARIA GENERAL DEL CUERPO
DE SEGURIDAD (GRUPO CIVIL)
MADRID

Año II • 1 de Enero de 1939 • Núm. 9

ENERO

Un año es un punto minúsculo en el transcurso de los siglos, y sin embargo, qué infinitud de momentos para la vida de un hombre! Miles de años lleva la Tierra girando sobre sí misma; miles de años tarda en llegar a nosotros la luz de algunas estrellas, y una eternidad llevan los mundos recorriendo, locos de tiempo sus inmensas órbitas. ¡Qué misterio, un año! Pero en un solo día nacen y mueren millones de seres, brota la chispa que enciende las grandes emociones de la Humanidad, surge el hecho que remueve los cimientos de la civilización. ¡Y en la vida de un hombre en un solo segundo nos ensancha el corazón la alegría o nos lo destroza la tristeza; un solo momento basta para que florezca en nuestra alma la ternura como un halo de perfume, o el odio como una concentrada nube negra...

Los años siguen su trazado incansable y los hombres celebran desde siempre el fin del que se amontona al recuerdo y el principio del que se abre a los ojos, maravillosa ventana de mañana. Nunca hay pesar al dejar un año vencido; atrás quedan los fracasos, el dolor, la miseria, y aunque también quedan atrás los éxitos, los días pasados en dicha, hay como una esperanza nueva pendiente de los días por venir... y son, los proyectos por realizar, y los deseos por cumplir, y las ambiciones por alcanzar, ¡pobre vida la que carezca de ellos!, no de proyectos irrealizables, de deseos bajos y pasiones estre-

chas. Proyectos, deseos, ambiciones, altos de idealidad, belleza y bondad: todo un programa de juventud.

Llenar la vida de una voluntad fuerte de obra es la inquietud que nos da el comenzar del año, no porque hayamos perdido lo pasado, sino porque quisiéramos aprovechar más los días del que empieza a lucir. «Las horas pasan y caen en nuestra cuenta» nos dice el viejo reloj de Oxford; que la cuenta no sea de horas perdidas, que cada hora sea una lucha alegre por mejorar lo más noble que haya en nosotros; para que al ser mejores, podamos tender la mano a los que nos rodean y a los que, hermanos del Destino de vivir en la Tierra, sean hombres en todo el mundo. Que nuestra comprensión sea el acero que rompa todas las murallas, todas las rejas, todas las redes; y también la que borre las fronteras de odio, las diferencias, las crueldades entre los humanos...

El tiempo, viejo que todo lo ha visto, que nos conoce y conoce nuestras luchas y afanes de superación y también nuestras miserias y cobardías de desfallecimiento, sigue lento pero imperturbable, segundo a segundo, cediéndonos para que lo llenemos con nuestra vida y el mismo llenando la nuestra.

Atrás quedan los años como losas. ENERO: otra piedra blanca y lisa tenemos delante de la vida, y en ella hemos de marcar a golpes de voluntad los signos de nuestra obra.

A H S M A P I

CAROLINA CORONADO

(SIGLO XIX)

Poetisa española nacida en Almendralejo (Badajoz), no lejos del lugar donde nació Espronceda, el 12 de diciembre de 1823. Desde sus primeros años la envuelven las luchas políticas que son causa de la muerte de su abuelo y prisión de su padre. En 1843 ya sus composiciones habían aparecido en los principales periódicos de habla castellana. Años más tarde traslada su residencia a Madrid donde contrae matrimonio con el diplomático norteamericano Justo Horacio Perry, siendo en aquel entonces su salón de la calle de Lagasca el más importante cenáculo literario de la época y sirviendo en más de una ocasión su casa de refugio a los perseguidos políticos revolucionarios. Escribió poesía, teatro y novela, distinguiéndose su labor poética que lleva un inconfundible sello de feminidad aunque en ocasiones su voz suena a rebelde queja o trate de asuntos sociales o políticos. Tras algunos viajes impuestos por la profesión de su marido, se instala en Mitra, cerca de Lisboa, donde muere el día 15 de enero de 1911.

LIBERTAD

Risueños están los mozos,
gozosos están los viejos
porque dicen, compañeras,
que hay libertad para el pueblo.

Todo es la turba cantares,
los campanarios estruendo,
los balcones luminarias,
y las plazuelas festejos.

Gran novedad en las leyes,
que, os juro que no comprendo,
ocurre cuando a los hombres
en tal regocijo vemos.

Muchos bienes se preparan,
dicen los doctos del reino,
sí en ello los hombres ganan,
yo, por los hombres, me alegro.

Mas, por nosotras, las hembras,
ni lo aplaudo, ni lo siento;
pues aunque leyes se muden,
para nosotras no hay fueros.

¡Libertad! ¿qué nos importa?
¿qué ganamos, qué tendremos?
un encierro por tribuna
y una aguja por derecho?

¡Libertad! ¿de qué nos vale
si son los tiranos nuestros,
no el yugo de los monarcas,
el yugo de nuestra sexo?

¡Libertad! ¿pues no es sarcasmo
el quo nos hacen sangriento
con repetir ese grito
delante de nuestros hierros?

¡Libertad! ¡ay! para el llanto
tuvimosla en todos tiempos;
con los déspotas lloramos,
con tribunos lloraremos;

Que, humanos y generosos
estos hombres, como aquéllos,
a sancionar nuestras penas
en todo siglo están prestos.

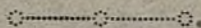
Los mozos están ufanos,
gozosos están los viejos,
igualdad hay en la Patria,
libertad hay en el reino.

Pero, os digo, compañeras,
que la ley es sólo de ellos;
que las hembras no se cuentan
ni hay Nación para este sexo.

Por eso aunque los escucho
ni me aplaudo ni lo siento;
si pierden ¡Dios se lo pague!
y si ganan ¡buen provecho!

(Almendralejo 1846)

La crítica del romanticismo



En una edición hecha en Valencia el año 1830 de «Corina» (la obra de Madame Stael-Holstein) el traductor dice en el prólogo: *«pertenece a la literatura romántica, a esa literatura proscripta, a esa literatura nacida del cristianismo, que se condena por no haberla conocido Horacio, y basta...»*

Este comentario, leído por azar en una intrascendente publicación de las novelas más extendidas de la época y en el que se apunta la teoría del origen cristiano del Romanticismo, es un pequeño destello de la polémica iniciada entre dos campos literarios del siglo pasado, en plena transición: los *clasicistas*, que estaban adaptados a una disciplina de las letras rígida y severa; los *románticos*, enfermos de nuevas formas e ideales, revolucionarios de estilo, iconoclastas, destructores de las imágenes clásicas, veneradas por los espíritus conservadores de la época. Los primeros pueden ser representados por Homero y los segundos por Dante, según una clasificación de Donoso Cortés.

Si aplicamos al Romanticismo el concepto evolutivo de las ideas, en marcha con los fenómenos sociales de los pueblos, puede decirse que este movimiento, que se pretende delimitar en forma concreta y visible, fué una consecuencia intelectual de la vida en dos épocas que se encontraron en crisis entre los siglos XVIII y XIX. Un proceso lento y hondo, con extremos difusos, del que aún no se habían apercibido en el siglo de la Revolución. Y cuando este fenómeno se halló en pleno desarrollo y se conocieron sus características; cuando se creó de él una escuela literaria, elaborada principalmente en Francia, se levantaron las banderas y cruzaron el campo las discordias entre partidarios y enemigos.

Es decir, en el plano general del tema, sonaron estas primeras notas, en una dirección, ante el desfile de las nuevas emociones literarias de los románticos, que parecieron grotescas o excéntricas, porque el Romanticismo fué en efecto una excéntrica en el orden de la Literatura a fines del siglo XVIII. En otro sentido, ante el nacimiento de ideales políticos en los que Francia inició la marcha. De aquí podemos apreciar que la crítica puesta no surgió solamente de una concepción distinta de las afecciones literarias, sino de principios políticos diferentes.

En Francia, la Revolución llevó el bautismo romántico. El «yo» poético se ensalzó con el individualismo político de Rousseau y esta fué la raíz de muchos temperamentos, formados en las últimas teorías sociales de Voltaire y el enfermo ginebrino.

En España, se manifestó claramente el fenómeno con los liberales emigrados por la persecución de Fernando VII, que al regreso abrazaron con violencia la vena romántica. Lista, Quintana, Espronceda, Herberosilla... salieron de la órbita poética y literaria a la lucha política, formando tribunas impresas. «El Censor» fué una de ellas y los libelos «El Zurriago» y

«La Tercerola», dispuestos a acoger campañas de reacción contra la política de entonces.

Los salones románticos eran lugares de exaltación para la juventud del siglo. El «Cenáculo» parisino, entre otros, al que asistía el joven Víctor Hugo, en 1823, estaba en constante efervescencia, rodeados por una atmósfera de censura, unas veces dura y violenta y otras irónica o despectiva; pero los melencólicos poetas que los frecuentaban estaban sobre una corriente amplia, que se abría a todas partes y los enemigos eran arrastrados muchas veces por esa misma fuerza, ambiente de lo que puede llamarse la época romántica, caracterizada en la Literatura, el Arte, la Música...

Guillermo Díaz-Plaja, en un capítulo de su obra *Introducción al estudio del Romanticismo español*, se refiere a dos esencias de esta crítica en España: a Miguel A. Príncipe, que trató al nuevo estilo como una persistencia de la anarquía, una vez refrenada la ola revolucionaria, aplicable a su tendencia social, y a Santos López Pelegrín y Mesonero Romanos, en sus ataques irónicos a la forma y estética de los románticos, a los que siempre se pudo acusar de *exagerarse a sí mismos*, aplicando una definición de Domenchina. (B.^a de Espronceda.)

No pueden resumirse en este ligero bosquejo la crítica o las impresiones de hoy ante este panorama de la literatura de los dos siglos pasados. Por otra parte, nos hemos preocupado poco de su conocimiento como fenómeno de influencia, aunque hayamos saboreado la emoción de algunas de sus grandes obras, ilustradas con nuevos temas de riqueza expresiva y que, presentando en primer plano la fuerza sentimental humana, tienen rincones de extraordinaria belleza. Sin embargo, dejando para más despacio el comentario en conjunto, hay en la pléyade romántica en su apogeo, no en el período declinatorio, un movimiento decadente, cierto aspecto ético que no ha dejado de inquietarse y que nos traen a la memoria unos párrafos de Miguel de Unamuno, en su artículo *El sepulcro de Don Quixote* (al hablar de la marcha a su rescate), de los que podemos servirnos para definir algunos de esos rasgos:

... «Esos que tratarían de convertirte el escuadrón de marcha en cuadrilla de baile se llaman a sí mismos, y los unos a los otros entre sí, poetas. No lo son. Son cualquier otra cosa. Esos no van al sepulcro sino por curiosidad, por ver como sea, en busca acaso de una sensación nueva, y para divertirse en el camino. ¡Fuera con ellos!»

«Esos son los que con su indulgencia de bohemios contribuyen a mantener la cobardía y la mentira y las miserias todas que nos anonadan. Cuando predicán libertad no piensan más que en una: en la de disponer de la mujer del prójimo. Todo es en ellos sensualidad, y hasta de las ideas de las grandes ideas, se enamoran sensualmente. Son incapaces de casarse con una grande y pura idea y crear familia de ella; no hacen sino amontonarse con las ideas. Las toman de queridas, menos aún, tal vez de compañeras de una noche...»

A. P. L.

CANTE JONDO

(CUADRO DE ROMERO DE TORRES)

Entre sombras y luz, figuras que simbolizan el Destino trágico de una raza... Pasión; Pena suave que se condensa en coplas; Dolor que rompe el corazón y seca los ojos que tienen visiones de locura... y Muerte; ésta, en su aspecto más tranquilo, con su profundo silencio que hace pensar en la paz del descanso para siempre...

Al fondo, un hombre y una mujer; miranse a los ojos y en la claridad de los de él queda encerrada la otra imagen. En las negras pupilas de ella no se reflejan las cosas que ven; diríase que miran directamente con el corazón. Tiene éste temblores de presentimiento y se deshace en ansias de lograr en unos momentos la pasión de toda una vida.

Ella se acerca y ve agrandarse su figura en los ojos de él, y éste, irresistiblemente atraído, va sintiendo cómo se hunde por las négruras de unas pupilas que le llevan a un corazón y a la honda sima de una vida rota...

Pasión... olvido de los dos, de todas las cosas. Alegría de haberse encontrado y renunciación a todo al presentir que al separarlos la tragedia han de quedar más unidos que nunca, por el recuerdo hecho carne viva...

Sobre estas figuras, otras tres; un hombre que, mirando la cara de la inmolada, le dice en coplas todo su dolor... Sigue su sensibilidad de artista los senderos de sentimiento que le van trazando las cuerdas de la guitarra que parece como si llorara unas veces y otras tomaran el son de cantinela que pudiera decir a una niña dormida; el hipar de las falsetas, hace que el hombre solloce en soleares, su tribulación: .

»qué lástima de carita

»que se la coma la tierra...»

En un desdoblamiento de su persona, el hombre aparece también a los pies de aquella que fué su bien y su mal. Vedlo con una rodilla en tierra; sobre la otra apoya el codo izquierdo y sus dedos se pierden en los revuelos rizados de su cabeza; la diestra, caída, empuña aún la hoja que empañó su brillo con la sangre y la vida de la que, si su corazón no hubiera sidó roto, tal vez hubiese estallado de cariño y dolor...

Los ojos del hombre miran como si quisieran conservar en el fondo de ellos toda la imagen que aparece caída ante él; y el rostro bronceado se va partiendo en hondos surcos de arrugas donde han de quedar anidadas todas las penas...

Y esto es «Cante Jondo». Pasión de hombre y mujer que todo lo arroja. Alegría de querer y de vivir, dos vocablos inseparables. Tragedia y dolor, que tampoco se separan nunca, siendo el segundo triste secuela de la primera...

... y este dolor, expresado de dos modos: uno, que puede decir en coplas todo su sentir, dándose, a sí mismo, el tributo de sus lágrimas; y el que incapaz de hablar, tiene secos los ojos, porque es el corazón el que llora sangre.

J. M. C. S.

LA DUDA QUE NACE

POR ANGEL HERNANDEZ

Yo conozco a un caminante:
su risa,
fuerte,
quema encendida
sobre la boca llena de juventud.

Va por la vida,
con su libro de versos bajo el brazo,
buscando por los trozos del día,
la sombra de un árbol
y los ojos de una desconocida,
para luego,
sin prisas,
con un poco de pan y un cántaro de vino,
mirar pasar la vida:
las manos en las manos,
las precisas
palabras que descifren
lo que los ojos sientan y no digan. . .

Ve al pasar
frondas umbrías,
encantadas miradas de mujer,
sonrisas. . .
y no se para.

Sube a lo alto, baja a lo profundo,
y aunque su fé, divina,
es enorme como un sueño de juventud,
ya medita
en el fondo de su alma,
si habrá desconocida,
si habrá sombra de árbol,
si habrá vino y si habrá poesía.

Sigue buscando,
milagro de la fé, su risa
fuerte,
calla los pensamientos sueñicidas.

Y así mi amigo el caminante,
sigue en la vida,
con su libro de versos bajo el brazo
en busca de los ojos que le sigan.

PENSAMIENTO SIN FORMA

Voy a escribir, ¿el qué? aún no lo sé. Quisiera escribir algo grande, algo sublime, algo que yo tengo en el alma sin dar forma, desde hace mucho tiempo, ¿cuánto? no lo sé. Remotamente, creo que nació con el primer latido de mi corazón, con el primer rayo de sol que alumbró mi vida, con la primera esperanza que alentó mis ánimos, en una palabra, creo que nació con mi propio sér. ¿Qué forma adecuada daría yo a este pensamiento? Si me decidiese a escribir una historia, estoy en lo cierto que sería de amor, pero desgraciado; pues comprendo que mi pensamiento no cuadra en una grande y franca alegría. Si fuese una canción, sería, desde luego, de cuna; pues dentro de mi gran pasión por la música, nada me conmueve tanto como esas sencillas canciones para dormir niños. Pero temo que tampoco sea una canción lo que llevo dentro de mí. ¿Será un poema? ¿Quién no habrá deseado hacer de su vida un poema? Todos hemos escrito alguno, pero el mío nunca llegó a ser mi pensamiento íntegro; por eso creo que al no poder nacer sigue agrandándose en mi cerebro, porque cada vez le siento adentro más sublime y más noble.

Así busco los temas más propios para desarrollarle, y todos me parecen extravagantes y vacíos. He llegado a imaginar si mi pensamiento será la quintaesencia de todo lo más bello que haya pasado por mi vida: una nota de música que haya durado más que otra ninguna en mi oído; algo que haya recogido mi pupila en un paisaje pintoresco, o alguna pequeña partícula de cientos y cientos de cosas que por serlo así y serlo de cosas distintas, no puede formar por sí sola un pensamiento concreto.

De todo esto saco una consecuencia romántica y cursi y mi pensamiento no es ni cursi ni romántico sino sencillo y hondo. Es tan pequeño que no puedo descubrir los átomos de que está compuesto, ni aún esforzando el microscopio de mi inteligencia, y tan grande, tan grande a la vez, que tiene el poder de cubrir y ocultar bajo una capa de comprensión y disculpa, hasta los actos más poco nobles que veo a mi alrededor.

Hay momentos en que pienso que es parte de mi sér, y que si llegase a darle perfecta forma, este inconcreto pensamiento saldría de mí y dejaría mi vida completamente vacía, por eso mi historia, mi canción, mi poema o uno de los cientos de cosas que pudiera ser, quedará siempre, siempre conmigo.

AGLAE.

EL AÑO

Es el tiempo que transcurre durante una revolución de nuestro planeta alrededor del Sol o al período de doce meses, contando desde el 1.º de Enero hasta el 31 de Diciembre. El año común consta de 365 días y si es bisiesto de 366, que son todos aquellos cuyo número es múltiplo de 4.

El más importante de los períodos de la vida humana es el *día* solar verdadero o intervalo de tiempo que transcurre entre dos culminaciones consecutivas del Sol en un mismo meridiano. Otro período de importancia es el *año* solar o trópico y en el que tiene lugar la sucesión de las cuatro estaciones.

En la antigüedad hubo otro período importante relacionado con las fases de la Luna, del cual se deriva el *mes*.

La división del día en 24 horas es muy remota. Si en el número 24 han coincidido muchos pueblos, no así en el modo de contar estas horas ni el origen del día. Los antiguos egipcios y los europeos empiezan a contar el día civil a media noche, y de allí otra vez hasta las doce de la noche. Los astrónomos, como lo hacía Tolomeo, cuentan a partir del medio día, que es cero horas de tiempo medio civil, referido a un determinado meridiano hasta llegar a 24. Este mediodía es la culminación aparente del Sol para la tierra ideal a que antes hemos mencionado. Como meridianos de referencia se toman 24 principales, uniformemente distribuidos, a partir del de Greenwich, y en cada una de las zonas próximas a meridianos, se toma la hora del meridiano fundamental correspondiente que difiere un número exacto de horas del de Greenwich. Los meridianos fundamentales reciben los nombres de los continentes, por ejemplo: Meridiano de la Europa occidental, central, oriental, etc. Los caldeos y los griegos empezaban a contar el día al amanecer.

El conjunto de los siete días constituye la *semana*, período arbitrario astronómicamente considerado. Casi todos los pueblos primitivos emplearon este período, que no formó parte del calendario de los griegos y no se introdujo en Roma hasta después de Teodosio. Unos hacen derivar del de la creación del mundo, según la relación de Moisés; otros de las fases de la Luna y hay quien lo atribuye al número de planetas conocidos en tiempos remotos. En efecto, en la astronomía egipcia el orden de los planetas, empezando por el más remoto eran: Saturno, Júpiter, Marte, el Sol, Venus, Mercurio y la Luna.

En latín se llaman Saturni (sábado), Solis (domingo), Lunae (lunes), Martis (martés), Mercurii (miércoles), Jovis (jueves), Veneris (viernes).

Los meses del año eran primitivamente entre los romanos:

1 Martius	31 días	6 Sextilis	30 días
2 Aprilis	30 »	7 September	30 »
3 Maius	31 »	8 October	31 »
4 Junius	30 »	9 November	30 »
5 Quintilis	31 »	10 December	30 »

El primer mes lo dedicaron a Marte, el segundo a Apolo, el tercero a Júpiter, el cuarto a Juno y ya de aquí al último seguían el orden numeral.

El *Quintilis* y el *Sextilis*, cedieron después sus nombres por los de Julius (César) y Augustus (Augusto). A los anteriores 10 meses se añadieron luego dos más: el *Januarius* (mes de Jano), que pasó a primer mes de año y el *Februarius* (de Febo).

El año lunar de 12 meses tiene 354 días o sean 52 semanas. Hoy, sólo los hebreos y mahometanos se sirven de la Luna en sus cómputos de tiempo. Los antiguos griegos servíanse de ella para establecer la duración de los meses; pero llegaron a confusiones y desórdenes hasta la reforma de Metón. La duración de la revolución sinódica o mes lunar, es de 29 días 12 h. 45 m. 2,8 s.

El año en Egipto constaba de 360 días, más cinco complementarios o epagómenos. Aquellos se distribuían en 36 decenas, en cada una de las cuales presidía un astro decán, y en doce meses de 30 días. Tenían las divisiones de día y noche de doce horas cada una. Los doce meses se agrupaban en tres estaciones.

Los meses estaban consagrados a los dioses Mercurio, Osiris, Vulcano, Tifón, Horus, Pan, Agatodemon, Amón y Harpócrates, y a los diosas Isis, Athir y Nephtys.

Los chinos, japoneses, siameses, etc., tienen un año lunar compuesto de 12 meses de 12 lunaciones, de 29 y 30 días y un año lunisolar que logran con la adición a las 12 dichas lunaciones de una 13ª.

Los indios cuentan, parte por años sidéreos, parte por años lunisulares. Por el primer procedimiento, las clases sabias y eruditas; por el segundo, las demás. Tienen los indios los siguientes grandes períodos, cada uno de los cuales consta de tres partes iguales: aurora, edad propiamente tal y crepúsculo:

Edad de oro,	Kritayuga	1.728.000 años.
» » plata,	Tretayuga	1.296.000 »
	Dvaparayuga	864.000 »
» » hierro.	Kaliyuga	432.000 »

La suma constituye la Mahayuga de 4.320.000 años, 71 Mayahuas más un crepúsculo de 1.728.000 años constituyen el Marantara o Patriarcado, el cual, unido a una aurora de 1.728.000 años, forma el Ason de 4.320.000.000. Ahora bien, 1 Kalpa es igual a un día de Brahma, cuya noche tiene igual duración. La vida de Brahma dura 100 años de Brahma, es decir, $21,104 \times 10^{10}$ años, lo cual es más que un instante de Sira. Actualmente la vida de Brahma está terminando; vivimos en la segunda mitad de la vida de Brahma en su primera Kalpa, en séptima Mavantara, su 28 Mahayuga y en su edad de hierro, que empezó en 3102 a. de J. C.

Los habitantes del sur de Méjico y América Central poseían, al arribar los españoles a sus costas, un calendario que demuestra su esplendorosa cultura. En los Mayas del Yucatán cabe buscar los más remotos vestigios de esa cultura.

LUIS MASSIP

Un viaje en 1935

Llovía cuando salí de mi casa camino de la de mi amigo X... con el que, una vez después, emprendía, en el rápido de Algeciras, nuestro viaje a Granada y Ceuta.

Era el 27 de diciembre. La lluvia, al caer sobre el pavimento, producía un son rítmico, musical, cual si de las nubes densas y plomizas que ocultaban el cielo traieran, en particular, una sinfonía celeste.

Los automóviles, reflejándose en el asfalto mojado, que brillaba como una plancha de acero pulimentado, pasaban veloces, ingrátidos, como indescriptibles fantasmas de pesadilla. Hechas las maletas, bajamos a la estación. No sé por qué los andenes y las estaciones me han producido siempre una sensación indefinible, ignoro si de disgusto o de placer: el público que los invade tiene algo de inquietante, de misterioso. unos viajan por placer; otros impelidos por sus negocios. Estos en busca de aventuras y nuevos horizontes en que disolver su «spleen»; aquéllos en pos del olvido para sus amores imposibles...

El tren, llegada la hora, se puso en marcha. En el compartimento en que viajamos la temperatura del mes de diciembre entumecía nuestros nervios, pues la calefacción era deficiente. Bastante alejado de Madrid el tren corría por las llanuras de la Mancha vertiginosamente, dando resoplidos de bestia iracunda. La noche, oscura, no permitía ver el paisaje de Sierra Morena; pero a las llamaradas intermitentes y gemitivas de la locomotora entreveíanse las hondonadas, los precipicios coronados de arbustos sin hojas, de ramas retorcidas, contorsionadas por un espasmo de desesperación, trayendo a la memoria uno de esos paisajes infernales y dantescos. Gustavo Doré nos reflejó en sus maravillosos dibujos, inspirados por las páginas trágicas y fantasmales de la Divina Comedia.

Corriendo, corriendo vertiginosamente dejamos atrás Baeza, y cuando llegamos a Moreda ya había amanecido. A través de los cristales empañados por el frío exterior veíase a los campesinos tocados con el clásico sombrero andaluz, que tiritaban de frío, reflejándose en sus caras morenas y curtidas las angustias del hambre, del frío, de vivir. Hombres con la expresión taciturna y vivaracha con que los artistas representan a los bandidos tradicionales y legendarios, crueles y magnánimos que viven al día, vivo y vivirán en la literatura pintoresca del extranjero, los que al turista bobalaca que cruza la península de Santander a Cádiz, *sablean*, poniendo, a semejanza de «la cón», cátedra de picardía en la conversación—casi siempre mímica—, con el flema inglés o el pedante parisino.

La nieve tapiza con su blancura de armiño los campos de invierno, Eignallot, un pueblecito medieval, se eleva sobre unas rocas encarpadas, inaccesibles al parecer. El paisaje de grabado inglés, que representara un rincón de un condado en este país de «Christmas» nórdico, no de un país solar como es este de Andalucía.

Llegamos poco después a Granada. Al salir de la estación alquilamos un viejo coche tirado por dos caballos, que nos condujo al hotel. El vehículo, por sus años recia estar en un Museo. Tenía algo de carroza, de las que en el siglo XVIII usaban las duquesas gitanas para ir al Prado y a los Sotos de la Florida. Veíase, por los

nes que aún le quedaban, que había estado tapizado de damasco azul. El auriga que le conducía llevaba patillas «de hacha». Era de unos cuarenta años, corpulento, adiposo por la vida de pescante sin ejercicio corporal. Era, según nos dijo, cordobés y gran admirador de Guerrita.

Aquel mismo día visitamos la Alhambra. Muchos artistas han descrito la maravillosa mansión de los reyes Nazaritas; y creo que ninguno, a pesar de su arte, ha podido expresar las sensaciones que la visita produce.

Yo he visto, en alas de mi fantasía, correr aquellas fuentes exhaustas, aromar aquellos pebeteros inexistentes, tañer aquellas guzlas invisibles y me he remontado en alas del ensueño a aquellos maravillosos paisajes que se prometen en las *suras* koránicas y que no pueden ser otra cosa, por no encontrarse otra más ideal, que la copia exacta de estos paisajes de Granada, únicos en el mundo, impregnados de poesía, de leyendas caballerescas, atroces, de celos, de amor, de odios... Leyendas de sultanes y favoritas hermosas, delicadas como estos calados de la Torre de Comares, esbeltas como las columnas del patio de los leones; majestuosas como esas torres que son el baluarte de la Alhambra; suaves como el gorjeo del ruiseñor del parque lleno de rosas fragantes que a la luz de la luna, en primavera, se hacen traslúcidas, nacaradas, divinamente embriagadoras por sus perfumes que sumen al alma extática en un dulcísimo letargo de extraña voluptuosidad.

También llovía cuando visitamos la Alhambra. Desde sus ajimeces veíase la Vega. Santa Fé, la Alpujarra; y más cerca, casi a los pies, la ciudad blanca y silenciosa, cual si callando llorara su fausto oriental ya para siempre perdido... Ni mi amigo ni yo habíamos. Nos sentimos seducidos, transportados, embriagados por la maravilla del paisaje, por el encanto soñador de las leyendas. Wáshington Irwing debió vagar por estos aposentos y jardines de la Alhambra como una sombra del más allá, sonámbulo, con los ojos en éxtasis, deslumbrado por tanta y tanta poesía.

Al día siguiente visitamos el Palacio del Generalife y sus románticos jardines. Desde la torre más alta del palacio se contempla el paisaje más esplendoroso que haya en el mundo. En primer término, los arcos árabes en ruinas del palacio; un poco más allá los jardines con sus cipreses y mirtos; más allá las rocas calcáreas de Sierra Elvira, y, en último término, las cumbres altísimas de Sierra Nevada, resplandecientes, llenas de nieves eternas que el sol hiere y arranca irradiaciones cegadoras en un apocalipsis de blancura deslumbradora. Y todo esto bajo un sol de oro, en un cielo azul purísimo, alto, muy alto, de una lejanía ignota.

Contemplábamos este paisaje enmarcado en un mirador de la torre más alta del palacio y tuve que arrancar de allí a mi amigo que, entusiasmado, arrobado permanecía inmóvil ensimismado ante aquella maravilla de la tierra y el cielo, de luz y color, de murmullos y aromas, de ansias indefinibles que, agolpándose al alma, la dejaban inerte.

También visitamos la Catedral, La Cartuja, admirando los cuadros expuestos en el claustro, y, en la parte interior, dos bellísimas esculturas de San Bruno. Nos guiaba una mujer humilde, de aspecto resignado, que hacía de «cicerone» y que al final de la visita, aunque ya habiánnos sacado las pesetas, y *aunque para ella no era nada*, nos pidió por caridad una propina.

Por la noche deambulamos por el Albaicín, que en el misterio nocturno presenta rinconcitos de encanto, arrullados por el melancólico murmullo del Darro, al pasar bajo los puentes antiguos que le coronan. ¡Sonata melancólica del río! ¡Qué infinita

dulcedumbre en tu palabrear con las estrellas, con los rayos de luna, con las viejas y musgosas piedras que forman tus orillas!...

Nos retiramos pronto al hotel, pues al siguiente día, en el tren de las nueve, saltamos para Bobadilla, a enlazar con el expreso de Algeciras. El trayecto que cruza el tren, entre Granada y Bobadilla, es muy bonito. Primeramente la vega granadina, es tupendamente cultivada, feraz, riquísima. La chimenea de una fábrica levantada en esta vega, no encuadra en este marco de poesía y parece que, cabalgando en el edificio de que forma parte, quiere huir, librando así a estos parajes de su antiestética presencia... Dejamos atrás Loja, célebre en los anales de la Reconquista.

* * *

Algeciras. Después de cenar en el hotel de Londres recorrimos la población, y más tarde fuimos al Círculo de Bellas Artes, en el que, bajo una lluvia de *confetti*, serpentinatas, licores y apretones de manos, entramos en el nuevo año. Al día siguiente, en el «Manuel Arnús», nos embarcamos para Ceuta. El mar estaba tranquilo, el cielo azul; las gaviotas, en gran número, volaban en torno a la embarcación. Sueltas las amarras, el barco puso proa a Africa. A bordo íbamos pocos viajeros y reinaba un gran silencio, sólo interrumpido por la trepidación de las máquinas. Apoyados en la borda seguíamos con los ojos al rebaño de olas coronadas por blancos bellones de espumas que venían mansas, cantarinas, a estrellarse en el costado gris del barco, deshaciéndose en un fantástico abanico: enorme cola de un imposible pavo real submarino constelada de admirables gemas de quiméricas facetas. El Peñón de Gibraltar, esta mole titánica se alejaba, se alejaba e íbase haciendo más visible, emergiendo más de las aguas el Monte Hacho. A pocas millas antes de Ceuta sentí la acometida violenta e inaguantable del mareo... y ya no me enteré de más. Asistido solícitamente, en justa reciprocidad por mi amigo, dejé sobre cubierta, en un rincóncito, la comida que momentos antes en Algeciras me sirviera serio, grave y circunspecto un camarero del hotel...

Desembarcamos en Ceuta y un autobús nos llevó hasta El Revellín, denominación que se da al trozo central de la vía más populosa de la ciudad, donde están los casinos, los cafés, las cervecerías, los bazares indostánicos... Sentado en la terraza del bar «Kin» saqué con deleite una taza de té que tan bien sentó a mi estómago maltrecho por las crueldades del mareo, al propio tiempo que observaba la diversidad de tipos que por allí transitan: Militares españoles vistiendo colorinescos uniformes; indios famélicos, cloróticos, con un aspecto enclenque, de resignación; moros de andar reposado, majestuoso, envueltos en sus chilavas pardas, toscamente tejidas en sus telares primitivos. Por la noche paseamos por la carretera alta del Hacho, desde la que se admira un panorama encantador. De frente, el Mediterráneo, en el que la luna cabrillea fingiendo un plateado camino de ignota lejanía. El viento estaba cargado con el perfume salobre del mar.

Al siguiente día regresamos a Algeciras, y desde aquí fuimos a Gibraltar y La Línea, regresando a Madrid el día 6 de Enero, después de haber visto desfilar ante nuestros ojos, como en una proyección cinematográfica, paisajes y tipos de agradable y perenne recordación.

A. M. O.

Noche

En el morir del día, el hombre se retira a sus hogares, dejando tras sí al viento helado, en los últimos fríos.

La luna se alza grande, descomunal, en el horizonte prolongando a distancia las sombras de los cuerpos, después, más reducida, la vemos reluciente y blanca, como destello de acero. Su luz difusa llega hasta el césped del jardín entre abetos y castaños, rompiendo a trozos la sombra de la noche y haciendo brillar las heladas gotas de rocío, como esas estrellas que en lo alto parpadean curiosas por ver a la vida humana dormida en un mundo de luchas e ilusiones.

En la calma fría, surge un desbordamiento de notas musicales: un ruiseñor entona su canto a la noche, al silencio, a la Luna, al Amor... A su gorgéo la vida renace sacudiendo a seres inanimados en el despertar de la nueva primavera; de pronto enmudece, se siente un pequeño aleteo y una sombra cruza rápida, un apagado silbido se esparce en la noche en sueño de pesadilla y otra sombra aún mayor pasa y desaparece; ¡un morador noturno —indiscreto buho— interrumpió el canto.

Silencio triste en la noche.

Cálida brisa envuelve un instante los campos deshaciendo, con el baho de su beso, las rosas de escarcha. Pasa, doblando dulcemente las ramas desnudas de los árboles, como en una caricia de ternura y por cada fibra de sus troncos hasta las profundas raíces, se ensancha la nueva vida, consiguiendo brotar el verde pálido del futuro ramaje.

Llueve: húmedas nubes se acercaron rápidas velando la límpida claridad de los astros. Fina llovizna de últimos de invierno cae en el jardín empapando la jugosa tierra de la que han de extraer los arbustos, en su tiempo, nuevas hojas y olorosas flores...

... y la llovizna se fué con las nubes, fertilizando otros campos y otros lugares. Pero ya la luna desaparece en un temblor por la última línea de la superficie. Partículas de agua prendidas en los árboles caen con destellos de pedrería, que la luz de las estrellas crea en la pequeña porción líquida.

Una rosada claridad se disuelve en el Oriente, anunciando el nuevo día; recita el ruiseñor su más ardiente inspiración; canta la calandria; los peces, en lenguas de plata, saltan en el estanque y allá en el poblado, un gallo vigilante lanza su alerta a la vida...

¡Mientras, la humanidad, siempre la misma, aunque en distintas posturas, prosigue su lucha, en busca de la felicidad!

RÁPOLO

Rá f a g a s

Media el Oto..... y con lentitud vaga, como si quisieran retardar su llegada al suelo que, un día les dió sér, caen de los árboles las hojas. Ya no brillarán en las ramas; sus vivos colores y su hermosura han quedado sin esa expresión de vida que a todo sér da la Naturaleza. Desde ahora, su existencia se ha perdido para siempre.

Por un momento, y sin comprender por qué, me detengo a contemplarlas, viendo como muertas, son juguete del viento que se ha levantado. Medito; y pienso que también un día dejaré de existir, y como las pobres hojillas, iré a la tierra donde seré juguete, no del viento, sino de otros seres que cumplirán la misión a ellos encomendada por la madre Naturaleza.

Desecho de mi mente este triste presagio, que un día, quizás lejano, quizás próximo, será realidad, y apartando de mi espíritu la melancolía que en algunos días plomizos de la estación precursora del invierno invade el corazón. Me pregunto: ¿Por qué me detengo en esta lugar? ¿Para qué? No sé contestarme, y sin tampoco saber por qué, sigo estacionado ante los arbustos presenciando el desprendimiento desde sus ramas, de las hojillas, que ya en el suelo se arrastran de un lado a otro.

Por unos minutos, un rayo de sol alegra el ambiente, el lugar donde me encuentro; y de súbito salgo de mi abstracción. Ya comprendo y, recordando, parece que mis ojos la están viendo sentada en el banco que frente a mí se halla vacío. Ahora mi imaginación alborozada me hace vivir aquella tarde de octubre de años atrás en que mientras las desprendidas hojillas morían, un amor se hacía a fuerza de promesas. Me estoy viendo sentado junto a ella, susurrándole lo más cerca posible las frases que todos los hombres, pasada esa emoción de cortedad que les embarga en las primeras palabras, lanzamos eufóricos, sin medida ni tasa. Promesas, juramentos, después..... nada. Mi cariño, al parecer, era ficticio. Ahora al recordarla, saboreo la añoranza de aquella tarde y de otras, y mi corazón se estremece. Hubiera llegado a quererla, pero ya es tarde. Entre tanto he querido encontrármela, verla, y por otro lado he deseado no lograrlo nunca. ¡Incomprensible, verdad! El que entienda de amor (palabra ridícula para bastantes, hermosa y grande para otros muchos) sabrá entenderlo.....

Ya el crepúsculo anuncia la noche, y siguiendo mi camino, veo por algunas calles ya oscuras y silenciosas, parejas de enamorados que seguramente se estarán haciendo promesas y juramentos: y continuo mi marcha, me digo ¡pobre corazón!

M. A.

VISADO POR LA CENSURA

Ayuntamiento de Madrid

DICCIONARIO PENAL-5

Ordenado y comentado por SOYOH

13. «Haber sido castigado el culpable anteriormente por delito a que la ley señale igual o mayor pena, o por dos o más delitos a que aquella señale pena menor.»

Esta circunstancia, que suele denominarse *reiteración*, «la tomarán o no en consideración los Tribunales, según las condiciones del delincuente y la naturaleza, motivos y los efectos del delito. (Art. 15, párrafo 2.º)

Para apreciar esta agravante, según el Tribunal Supremo, es preciso que el delincuente haya sido condenado ejecutivamente en causa seguida por otro delito anterior y que por éste o los cometidos se presupongan hábitos de delinquir o mayor perversidad.

14. «Ser reincidente.» Hay reincidencia cuando al ser juzgado el culpable por un delito estuviere ejecutoriamente condenado por otro, comprendido en el mismo Título de este Código.

Vemos, pues, que el Código, para apreciar esta circunstancia, establece no ser necesario que el culpable haya cumplido la pena por el delito o delitos anteriores, sino que basta que esté ejecutoriamente condenado por el anterior, al ser juzgado por el nuevo cometido.

Ejecutoria, quiere decir firme, irrevocable.

15. «Ejecutar el hecho con ofensa o desprecio del respeto que por la dignidad, edad o sexo mereciere el ofendido, o en su morada cuando no haya provocado el mismo.»

La ley quiere de este modo, según dice Bernaldo de Quirós, circundar de una protección especial, mediante la pena, condiciones individuales dignas de un particular respeto, a saber:

La *edad*, —independientemente de que indique o no abuso de superioridad la agresión—, cuyos dos extremos, de infancia y senectud, deben ponerse fuera de todo combate y la vida.

El *sexo*, por ser el femenino más débil y pasivo.

La *dignidad*, que imprime un carácter social eminente e importante, de que se hace desprecio en la agresión.

Esta circunstancia, como ya hemos dicho de las 6.^a, 7.^a, 12.^a y 13.^a, la tomarán en consideración los Tribunales, según las condiciones del delincuente y la naturaleza, los motivos y los efectos del delito. (Art. 15, párrafo 2.º)

AGRESION ILEGITIMA. (Art. 8.º, núm. 4).—Véase EXIMENTES.

AGUAS, hacerlas nocivas. (Art. 352, núm. 2).—Véase SALUD PUBLICA, delitos contra

AGUAS, sustracción o distracción de (Art. 693).

Entre las **FALTAS CONTRA LA PROPIEDAD** el Código castiga a «los

que substrayendo aguas que pertenezcan a otros, o distrayéndolas de su curso causaren daño cuyo importe no exceda de 100 pesetas.»

ALBACEAS. (Art. 406).—Véase FRAUDES Y EXACCIONES ILEGALES.

ALCAHUETERIA. (Arts. 433, 440 y 446).—Véase ESCANDALO PUBLICO.

ESTUPRO y CORRUPCION DE MENORES.

ALEGORIAS. (Art. 456).—Véase INJURIAS y CALUMNIAS.

ALEVOSIA. (Art. 10, núm. 10).—Véase AGRAVANTES.

ALIADAS, delitos contra Potencias. (Art. 128).—Véase TRAICION.

ALIMENTOS a la prole. (Art. 444, núm. 3.º)

En los delitos de violación, estupro o raptó, además de la pena correspondiente el Código establece que los reos serán condenados por vía de indemnización a mantener a la prole, en todo caso.

ALLANAMIENTO DE MORADA. (Arts. 482 a 484).

El Código castiga «al particular que entrare en morada ajena contra la voluntad de su morador; siendo más grave la pena si el hecho se ejecutare con violencia o intimidación.»

«La disposición del artículo anterior no es aplicable al que entra en la morada ajena para evitar un mal grave a sí mismo, a los moradores o a un tercero, ni al que lo hace para prestar algún servicio a la Humanidad o a la Justicia.»

«Lo dispuesto en este capítulo no tiene aplicación respecto a los cafés, tabernas, posadas y demás casas públicas, mientras estuvieren abiertas.»

Se funda este delito, dice Jiménez de Asúa, exclusivamente en el concepto de inviolabilidad del domicilio, y sólo lo cometen los que lo invaden contra la voluntad del morador sin proponerse ningún otro objeto que modifique dicho concepto y sea determinante de distinto delito, especialmente previsto en el Código.

La inviolabilidad del domicilio, en cuyo concepto, según se ha dicho, se funda este delito, se halla declarada en el párrafo 4.º del art. 31 de la Constitución vigente: «El domicilio de todo español o extranjero residente en España, es inviolable. Nadie podrá entrar en él sino en virtud de mandamiento de juez competente.» Para garantizar este derecho está la sanción que el Código Penal establece.

Pero aquí vemos que se trata del *particular* que allana la morada de otro, si fuere un *funcionario público* el que lo hiciera no sería éste el delito que cometería, sino el previsto y penado en el párrafo 1.º del art. 205 del Código. Los efectos del delito que estamos estudiando, se entiende por *morada* de una persona el lugar más o menos habitable donde reside y satisface las condiciones de la vida doméstica; cualesquiera que sea el título legítimo por virtud del cual halle disfrutando de la habitación.

(Continuará)